

RECENSIONES

WOLFGANG HEIDELMEYER y FÜNTHER HINDRICH: *Documents on Berlin 1943-63*. Munich: R. Oldenbourg, edit. 1963, un vol. de 374 págs.

La obra que presentamos constituye el volumen XXII de la colección *Dokumente und berichte*, publicada por la veterana Deustchen gesellchaft für Auswärtige Politik, dentro de la cual funcionaba un Forschung Institut (Instituto de Investigaciones) cuya labor presenta las características de seriedad y solvencia que han dado su excelente reputación científica a la ciencia germánica.

La publicación de colecciones de documentos se va extendiendo en el campo contemporáneo de las relaciones internacionales, como medio de proporcionar a los estudiosos o interesados, instrumentos imprescindibles de trabajo, cuyo manejo, desplazándose a los centros en que se encuentran los originales no siempre es factible. Análogamente, el manejo de los documentos recopilados en los textos dispersos que puedan contenerlos resulta lento y oneroso. De ahí la utilidad de esas colecciones, aunque en el caso que examinamos hubiera sido muy conveniente que las brevísimas introducciones de la obra se hubieran desarrollado en una serie de notas explicativas, si no de todos los documentos insertos—que son 211, con ocho apéndices—por lo menos con amplitud en cada uno de los once capítulos en que se distribuyen los textos recogidos. Esos capítulos dan una idea, bastante indicativa, del desarrollo del problema—documentalmente presentado—y a la vez del criterio de los recopiladores. Por eso los indicamos: 1) de Moscú, 1943, a Potsdam, 1945; es decir, el período de acuerdos secretos preparando los futuros planes de ocupación y semidestrucción de Alemania; 2) establecimiento de la Administración Cuatripartita y restauración del Gobierno constitucional; expresión ésta que debe tomarse en su sentido coyuntural, no intrínseco; 3) acuerdos interaliados sobre las líneas de comunicación entre Berlín y Alemania Occidental: materia interesantísima, porque aclara los fundamentos del Occidente en su precedente polémica con Rusia sobre los accesos a la ex capital alemana; 4) la primera crisis de Berlín (1948) y el bloqueo; 5) la aclaración del bloqueo; 6) Berlín Occidental y la República federal: otro punto de discrepancias y fricciones entre los dos mundos, cuya raíz documental se explana en este capítulo; 7) Berlín y la República Democrática; 8) la segunda crisis de Berlín (1958-59): pasaje del problema, no muy conocido en Occidente, pese a su popularización y proximidad; 9) restricciones de tráfico por las autoridades orientales (1960) y cierre del Berlín Oriental (13 agosto 1961: «muro de la vergüenza»); 10) discusión sobre las comunicaciones en 1961-62; 11) actividades internacionales y acontecimientos en la ciudad desde 1961. Como ve el lector, la presentación es sistemática; y si maneja la obra, verá también que exhaustiva (descontando los documentos que por su índole secreta no hayan podido publicarse). Añadamos que la versión inglesa, de los que no tienen texto oficial en esa lengua, nos parece cuidadosamente efectuada.

Naturalmente, en una publicación de este género se da el peligro—no para el inves-

tigador de detalle, sino para el consultante en bloque—de que «los árboles no dejan ver el bosque». La selección natural de textos se lleva su tiempo, pero no es difícil. Vamos a enumerar algunos que por capital interés destacan entre todos: Protocolo de límites de ocupación (12 septiembre 1944) y Acuerdos de Control (14 noviembre 1944-1 mayo 1945), con el apéndice de Yalta, publicado el 24 de marzo de 1947. Directrices a los Altos Comisarios (21 diciembre 1945). Reglamento Aéreo para los Corredores a Berlín (22 octubre 1946), que debe entenderse vigente. Comunicado a los cuatro poderes, de la O.N.U. (13 noviembre 1948). Comunicado con el acuerdo tetrapartito y subsiguientes órdenes de Chuikof (4-9 mayo 1949). Comunicado del Consejo de Ministros del exterior (París 20 junio 1949). Reglamentos de Relaciones entre la *Kommandantura* y Berlín (14 mayo y 7 junio 1949, 1 marzo 1951, 26 mayo 1962, 22 mayo 1955). Acuerdo de la Asamblea berlinesa (de igual fecha). Acuerdo de la *Kommandantura* sobre la representación de Berlín (30 junio 1949). Constitución de Berlín (1 septiembre 1950) y su modificación.

Aplicación a Berlín de los Tratados (21 mayo 1952), Acuerdo tripartito sobre los derechos «retenidos» en Alemania (23 octubre 1954) y conclusión de la ocupación (5 mayo 1955). Declaraciones rusas sobre las relaciones con la D.D.R. (25 marzo 1954) y conclusiones de la guerra (25 junio 1955). Declaración de la O.T.A.N. (16 diciembre 1958). Proyecto de Paz soviética (art. 25: 10 enero 1959). Plan Occidental en Ginebra (14 mayo 1959) y declaración Herter (26 mayo 1959). Decreto sobre tráfico de la D.D.R. (12 agosto 1961) e Intrucción de la *Kommandantura* sobre movimiento intersectoral (21 agosto 1961). Declaraciones de los Tres Poderes con o sin el Alcalde de Berlín (21-23 agosto 1962). Resolución del Congreso estadounidense (10 octubre 1962). Resolución de la U.E.O. (6 diciembre 1962). En la selección hemos dejado aparte a las larguísimas—y con frecuencia reiterativas—notas o declaraciones cambiadas entre los ocupantes, que reflejan puntos de vista o sugerencias, y no acuerdos concretos.

Desgraciadamente, este tipo de obras envejece pronto (sin perder su utilidad); ya quedan fuera el Tratado U.R.S.S.-D.D.R. (12 junio 1964) y las notas occidentales de réplica.

Aconsejamos a los lectores interesados en el problema alemán y especialmente en su faceta berlinesa, que acudan al uso del presente trabajo para su información documental.

J. M. C. T.

WALTER MILLIS y JAMES REAL: *The Abolition of War*, The Macmillan Company, Nueva York, 1963. Un volumen de 217 págs.

Podría decirse, tal vez, que la guerra, en una forma u otra, es tan vieja—y tan persistente—como la vida misma. En ese caso, ¿dice algo, tiene sentido hablar de su abolición? Pero en este caso al menos no se trata de establecer una hipótesis y de argumentarla. Se trata, con el aire de autoridad que da el ser este libro la conclusión de un estudio realizado bajo los auspicios de una de las principales fundaciones norteamericanas de carácter filantrópico, «The Fund for the Republic», de sentar una tesis de cuya aceptación depende, en eso se insiste, el futuro de la Humanidad. Se empieza por afirmar que el argumento de este libro consiste precisamente en sostener que «el mundo ha alcanzado el punto, sin duda por vez primera en la Historia, en el que es posible pensar y hablar con toda seriedad en la abolición de la guerra organizada».

Pero, ¿puede ser eso algo más que una ilusión, en la que, bien lo advierten los autores de este libro, con el título altamente provocativo, al menos desde un punto de vista intelectual, de *La abolición de la guerra*, se ha caído muchas veces, a lo largo de milenios, sin resultados prácticos de ninguna clase? Se pudiera llegar a decir, es más, que la Humanidad se ha dado cuenta, desde tiempo inmemorial, de los peligros, los

RECENSIONES

riesgos, los rigores y, por lo menos en muchas ocasiones, la inutilidad también de la guerra, el recurso supremo para la solución—el intento de solución—de problemas que se han ido complicando y agriando, para acabar con que a los problemas resueltos, en el caso de haber sido resueltos, por la guerra, solían suceder otros nuevos y más agudos todavía.

Wilson, uno de los grandes idealistas contemporáneos, convenció a sus conciudadanos de la necesidad de ir a la guerra, a la que pasado bastante tiempo se pensó en darle un nombre nuevo, el de primera guerra mundial, para «acabar con la guerra». Lo único realmente claro que salió de aquel pavoroso y dilatado conflicto fué el hacer otra guerra, mucho más ancha y dislocadora, inevitable del todo.

Y lo que ha salido de la segunda guerra mundial está bien a la vista, como lo están también, constantemente, las manifestaciones de tremenda incomodidad que han producido y siguen produciendo sus consecuencias.

No hay duda que los autores de esta obra han tenido esto—y muchas cosas más—bien en cuenta. «La guerra organizada—dicen, casi al empezar—figura entre las más antiguas, más básicas y más característicamente humanas de las instituciones humanas.» Como tampoco queda sitio para la duda sobre la posibilidad de que no se hubiesen dado cuenta de que en la propaganda contra la guerra, que es también muy antigua, se han esgrimido argumentos que no sólo deberían parecer dignos de atención, sino que se presentaban bien apuntalados por un argumento de una fuerza y lógica en apariencia irresistibles. Todo el mundo recuerda aún, a poco esfuerzo que haga, los argumentos de sir Norman Angell, pero antes que él se encontró Ivan S. Bloch, el banquero y hombre de negocios polaco que a fines del siglo pasado publicó un estudio analítico y estadístico, en siete volúmenes, sobre el sistema de la guerra, con el título de *El futuro de la guerra en sus relaciones técnica, política y económica*, en el que llegó a decir que «la guerra, por lo tanto, se ha hecho imposible, salvo al precio del suicidio».

Que es, más o menos, lo que se dice ahora como demostración de la total imposibilidad de la guerra en la era atómica. Todo es relativo, pues, aunque siempre es preciso tener en cuenta la posibilidad de que, con el paso del tiempo y como consecuencia principal de los avances de la ciencia y la tecnología, vayan introduciéndose nuevos factores o sufran alteraciones de importancia los ya conocidos. El carácter absolutamente destructor de las armas nuevas puede encontrar—se cree que ha encontrado ya—argumentos capaces de condicionarlo y modificarlo de alguna manera. Y sobre eso, ¿cómo se podría hablar en términos de lo totalmente absoluto mientras no se pasase por la experiencia?

Después de haber expuesto Bloch su tesis y de haber razonado Norman Angell en forma que parecía incontrovertible sobre el carácter irremediable ruinoso y hasta suicida de la guerra, vinieron guerras innumerables y las dos guerras más generales y más pavorosas que la Humanidad había conocido. Y si bien es verdad que sería locura sostener que el mundo de hoy es igual—o de fácil identificación—al mundo que existía antes de 1914, ¿quién podría sostener que a pesar de las muertes en escala jamás conocida hasta entonces y de las destrucciones y devastaciones producidas por esas dos guerras mundiales, el mundo se halla menos poblado y es menos rico que antes?

Pero los señores Millis y Real han tomado muy en serio le empresa que les ha sido confiada y han encontrado argumentaciones que merecen un gran respeto, por lo menos, para hacer frente, con decisión y energía, a toda clase de resistencias y obstáculos encontrados en el camino de la demostración de que la abolición de la guerra no sólo es necesaria de todo punto, sino que es también perfectamente posible.

«Pensaría uno—se dice en la introducción de su libro—que la inutilidad del sistema de la guerra nuclear ahora y en los días por venir sería indiscutible, pero no lo es. Voces poderosas del nuevo sacerdocio argumentan que «... si se sigue una doctrina adecuada, las consecuencias (de la guerra nuclear) no necesitan ser desastrosas para nuestra supervivencia, como a menudo se supone.» (Esta cita es de la introducción a una de las obras del profesor H. A. Kissinger, de la Universidad de Harvard y consejero del Gobierno de los Estados Unidos, aceptado como una de las grandes autoridades en materia de estrategia nuclear.) Esta afirmación es retórica oracular moderna. La «doctrina

«adecuada» es la receta mística del custodio moderno de nuestros mitos de guerra, una doctrina pesadamente bordada con el argot de las ciencias y las semiciencias. El «desastre» se interpreta de una manera similar, altamente personal, en forma muy parecida a como los antiguos pudieran calcular en privado el número de los sacrificios humanos que consideraban necesarios para aplacar la ira de los dioses. Hasta los objetos de la guerra, las armas primarias como los aviones supersónicos y los proyectiles balísticos intercontinentales de catorce pisos de alto, sugieren alguna comparación con el catálogo mitológico de siglos y culturas pasados y apuntan al carácter totémico y oculto en el laberinto de los artefactos y explosivos. Las armas mismas son hechas para no ser usadas y por lo tanto se van sucediendo a sí mismas en «generacione», cada una más grande y más poderosa que la precedente, con la reminiscencia de las impresionantes hazañas de construcción de la sociedad zapoteca, que periódicamente construía templos enteramente nuevos, más grandes y más complicados, por encima de la estructuras existentes y perfectamente adecuadas. Hasta los nombres dados a las armas poderosas —«Thor», «Atlas», «Nike-Hercules»—sugieren un reconocimiento casi consciente del molde místico de la guerra y parecen llevar consigo la insinuación de una invocación a un poder que está más allá del contenido por los instrumentos mismos».

Demasiado larga la cita, pero necesaria, tal vez, como demostración realmente del estado de apasionamiento que ha movido a los autores de esta obra a tratar con especial rigor no sólo a los que todavía sostienen que la guerra es, más que posible, acaso inevitable, según las circunstancias—unas circunstancias que a menudo se interpretan con el recurso a los razonamientos de moda con anterioridad a la era atómica—, sino, y muy especialmente, a los que parecen estar convencidos de que la guerra sigue siendo tan posible, en la guerra atómica, como antes, y además, con la gran perspectiva de poder recurrir, en caso necesario, aunque se trate acaso de un recurso muy regulado y discreto, a las armas atómicas mismas.

Es un tema tentador, sin duda. Y muy hábilmente presentado en las páginas que median entre la actitud agresiva de los autores, puesta bien de manifiesto al principio mismo, y la forma en que dan fin a su obra: «Este libro empezó con la afirmación de que hoy es posible, por vez primera, pensar en un mundo sin guerra. Son estas líneas, a lo largo de las cuales ha de marchar el pensamiento. Si lo hace, el mundo sin guerra será una realidad. Si no lo hace, es probable que seamos cremados todos en una guerra termonuclear. De las dos alternativas pudiera parecer que, en un sentido rigurosamente profético, la primera es la más probable.»

JAIME MENENDEZ.

RENOUVIN, PIERRE, y DUROSELLE, JEAN-BAPTISTE: *Introduction à l'histoire des relations internationales*. París, 1964, Armand Colin, 521 págs.

FRANKEL, JOSEPH: *International Relations*. London-New York. Toronto, 1964, Oxford University Press, XVI-227 págs.

SCHLEICHER, CHARLES P.: *International Relations*. Englewood Cliffs, N. J., 1963, Prentice-Hall, XIII-651 págs.

La vida internacional dispone de dos instrumentos fundamentales por medio de los cuales viene manifestándose en la práctica: de Derecho internacional general y de relaciones internacionales o diplomáticas. Son instrumentos interdependientes. En ambos casos se trata de conceptos poco precisos, lejos de ser tan definidos como instrumentos de que dispone un país para llevar a cabo su política interior, aunque ésta influya considerablemente sobre las relaciones con el exterior. Conceptualmente, el «Derecho internacional» no es el «Völkerrecht», tampoco las «Relaciones internacionales» equivale a las «Zwischenstaatliche Beziehungen». Estas simplificaciones, en vez de esclarecer, os-

REVISIONES

carecen la naturaleza de estas dos disciplinas, tan en boga en el mundo actual. Es porque el positivismo filosófico y jurídico han hecho todo lo posible para que el mundo de ideas siga siendo confuso—según los intereses de un factor determinado de la política nacional, por un lado, e internacional, por otro.

Estado, Nación, Pueblo, País..., son cosas inconfundiblemente distintas entre sí. Pueden identificarse, pero en realidad no deberían confundirse. Y si se confunden, es que los «fuertes» quieren que se confundan... Por ello, los «principios morales» (¿qué principios morales?) en que se inspira la manifestación práctica de la convivencia internacional, resultan ser sólo un pretexto para hablar de factores «geográficos, económicos, demográficos, financieros, nacionalistas, pacifistas, oportunistas (personalistas, individualistas, colectivistas...), y hasta sentimentalistas», con el fin de no comprometerse para con ninguno de ellos. Con esta confusión—tan «admirablemente»—servida a las nuevas generaciones se pretende llegar a «combatir» los males que representa la actual sociedad de masas a escala mundial..., ya que cuanto más nacionalista sea una afirmación «científica», puede que más adeptos atraiga a sus filas a «creadores» del (¿qué?) «nuevo» orden social y político, y sobre todo económico; como si el impacto ejercido por el materialismo dialéctico actuase ya en todos los campos de la actividad humana. Sin duda, todos estos factores desempeñan un importantísimo papel en las relaciones internacionales, pero no a título de exclusividad.

En las tres obras se habla de «relaciones internacionales», sin embargo, luego se acepta, sin más, y hasta se defiende esta concepción, a pesar de que, al fin y al cabo, no se dan otra clase de relaciones que las «entre Estados». Los autores lo admiten explícitamente. ¿Por qué, en tal caso, se pretende fomentar, consciente o inconscientemente, el confusionismo? ¿Es que los hombres de ciencia de la segunda mitad del siglo XX no son—o incluso «ya no pueden ser»—capaces de ir más allá de las banalidades, de las repeticiones, etc.? Preocupa seriamente este problema a las generaciones nuevas. Aún más molestará a las futuras generaciones, que encontrarán un mundo completamente distinto del que se les habrá presentado a través de diferentes obras científicas. El hecho de haberse incluido en el estudio de «relaciones internacionales» un factor que resulta ser consecuencia lógica del desarrollo económico y social en el mundo de un momento dado no implica que se considere como una «tesis» suya y propia en relación con lo dicho en obras del pasado, como es, por ejemplo, la de «distinguir» entre la historia «diplomática» tradicional (relaciones entre cancillerías) y la actual (entre Estados). Los señores Renouvin y Duroselle no han descubierto, a este respecto, absolutamente nada.

Se evitan, en el fondo, las cuestiones que pudieran conducir a consideraciones mucho más concienzudas precisamente respecto a la contradicción que engendra, en sí, la concepción de «relaciones internacionales», no pudiendo tratarse de otra cosa que de relaciones «interestatales». Claro está, en tal caso, el problema del llamado principio de autodeterminación de pueblos queda desvalorizado de antemano en virtud de los intereses económicos, demográficos... Y ello, incluso admitiendo que en el mundo haya, en efecto, unos cuatro-cinco Estados nacionales... Es sólo uno de tantos ejemplos que pudieran aducirse.

Los autores del primer libro son franceses. El del segundo parece ser inglés, y en el tercer caso nos citamos con un norteamericano. En todo caso nos enfrentamos con tres «naciones» que se presentan ante el resto del mundo como «baluartes» de la democracia y de la libertad. Lo grave es que democracia y libertad se «defienden» con teorías sumamente contradictorias, dicho con otras palabras, con instrumentos que forman parte sustancial de la política exterior del bloque que amenaza dicha democracia y libertad hasta las últimas consecuencias. En este caso sí que estamos de acuerdo con el argumento según el cual un hombre de Estado influye sobre las relaciones de carácter «internacional» de la misma manera como éstas influyen sobre él. Es decir, a los ya sobradamente conocidos factores de «relaciones internacionales» se añaden otros, nuevos, que en realidad no son nuevos por la sencilla razón de que un interesado por esta disciplina de ciencias políticas tiene que tener bases lo suficientemente sólidas para «descubrir novedades...». Decimos eso por el puro hecho de que las primeras dos obras

son de carácter más bien introductorio a las relaciones internacionales que un estudio propiamente dicho de las mismas. El libro de Schleicher, norteamericano de origen más que probable alemán, ya es un poco más realista y se limita a exponer las «relaciones internacionales» en sus dos aspectos, respectivamente: cooperación y conflicto. Completamente lógico, ya que la terminología tan en boga, terminología que en lugar de esclarecer las cuestiones fundamentales en estudio las confunde aún más de lo esperado, queda supeditada a las relaciones «inter-nacio-estatales» como tales, por un lado, y a los problemas que en sí engendra el papel que en la actualidad desempeñan los Estados Unidos de América en la política internacional, por otro.

A pesar de ello, las tres obras forman un buen conjunto de ideas que vistas críticamente permiten recoger el pasado de desarrollo de las «relaciones internacionales» sin limitar la posibilidad de profundizar los conocimientos ya adquiridos y ampliarlos positivamente. A este respecto, consideramos como muy importantes las cuestiones del nacionalismo, de la opinión pública, de la psicología, de la naturaleza de la sociedad internacional y, claro está, del colonialismo o del imperialismo en sus diferentes formas. No menos importante es el problema de la ideología, de la moral internacional o de la religión, ya que de esta manera se facilita un acceso al conocimiento de la naturaleza del Derecho internacional general, así como de las propias relaciones internacionales.

Presentamos, a título de comparación, el cuadro estructural de las tres obras: I. *Introducción a la historia de las relaciones internacionales*: 1. Los factores geográficos. 2. Las condiciones demográficas. 3. Las fuerzas económicas. La competición y los conflictos. 4. Las agrupaciones internacionales de carácter económico. 5. Las cuestiones financieras. 6. El sentimiento nacional. 7. Los nacionalismos. 8. El sentimiento pacifista. 9. La personalidad del hombre de Estado. 10. El hombre de Estado y el interés nacional. 11. La acción de las fuerzas profundas sobre el hombre de Estado. 12. La acción del hombre de Estado sobre las fuerzas profundas. 13. El problema de la decisión.—II. *Relaciones internacionales*: 1. Los Estados como entidades de la sociedad internacional. 2. El proceso de formación de la política exterior. 3. La política exterior de algunas grandes potencias: Gran Bretaña, los U. S. A., la U. R. S. S., la China comunista, la India. 4. Interacción entre Estados y poder de Estado. 5. Instrumentos y técnica de la interacción estatal. 6. Sociedad internacional y sus problemas generales. 7. Los instrumentos y factores de acción de la sociedad internacional.—III. *Relaciones internacionales*: 1. La localización de las relaciones internacionales y la naturaleza de la sociedad internacional. 2. Fuerzas dinámicas y objetivos. 3. Formas y procedimientos. 4. Recursos y política internacional. 5. Factores limitativos y de control. 6. Los Estados Unidos de América y su política mundial—frente a Europa, la Unión Soviética, el Este asiático, el Sureste de Asia, el Oriente Medio, África e Iberoamérica.

En conclusión, pese a nuestras objeciones, el lector dispone de una serie de instrumentos que al estudiar la situación de esta disciplina se le brindan por parte de los autores en lo relativo al presente y, también, al futuro.

S. GLEJDURA.

SMITH HEMPSTONE: *La nueva Africa*, Ediciones Cid, Madrid, 1963, 420 págs.

La formación universitaria de Smith Hempstone, su profesión de periodista y su curiosidad intelectual, libre de muchos prejuicios y respaldada por esa rara cualidad que es el buen sentido, son factores por señalar al enjuiciar *La nueva Africa*.

La obra recoge el relato de su largo viaje en automóvil, realizado a través del Africa subsahariana independiente en 1956, acompañado de su esposa. *La nueva Africa* se empezó a escribir en 1959 y se publicó en Estados Unidos en 1960, al parecer. Es decir, que dista mucho de ser de actualidad en su versión castellana, dado singularmente el alud de acontecimientos que se han sucedido aceleradamente en esa área

africana. Pero no por ello deja de presentar interés. En efecto, cuantos datos, impresiones, observaciones y juicios en ella se consignan sirven de telón de fondo a posteriores desarrollos, ayudando, en no escasa medida, a comprenderlos, pues se desprenden de las premisas.

La obra, cuyo plan es sencillo y ceñido al viaje efectuado, comprende tres partes: «La trompa» (breve parte que toda ella se refiere a Etiopía); «El gigante galo» y «El Occidente sajón». En estas dos últimas se trata en cada capítulo de un país o grupo de países muy vinculados geográfica, política o económicamente. Confesamos no sentir agrado alguno por los títulos dados a dichos capítulos. No facilitan ciertamente la búsqueda de determinado país del que se desee tener referencia. Así, «Un corazón en tinieblas» se ocupa del antigua África Ecuatorial Francesa (Congo, Gabón, República del Africa Central y Chad); «La garra» encubre las Repúblicas de Costa de Marfil, Volta, Níger y Dahomey. Admisible el sistema cuando de titular trabajos periodísticos se trata, no lo es tanto en el caso de una obra donde abundan los datos concretos de interés, luego que puede ser de consulta. A este reparo añadiremos las deficiencias de la versión castellana. Sea por erratas de imprenta, sea por negligencia en la necesaria «relectura», tropezamos con demasiada frecuencia con frases poco correctas, cuando no de difícil comprensión. Y no entendemos por qué a León el Africano se le llama Leo Africanus en castellano. También echamos de menos un mapa, por elemental que fuera. El lector medio o no especializado, al que se dirige preferentemente *La nueva Africa*, andará fácilmente desorientado entre tanto nuevo país nacido del derrumbamiento de los imperios coloniales de Francia y Gran Bretaña de sus tiempos escolares.

Agotadas las reservas que habíamos de formular, pasemos a exponer, aunque sea sucintamente, las cualidades de esta obra escrita con agilidad, buen humor, buen corazón y libertad de espíritu. Su extensión no permite entrar en el detalle de cada uno de los países considerados. Digamos, no obstante, que en cada caso Smith Hempstone tiene buen cuidado de no atenerse a descripciones literarias o a la formulación de impresiones subjetivas. Con sumo cuidado escribe el hecho del país, señalando sus constantes (situación geográfica, habitantes, con referencia de las poblaciones (tribus) y de las relaciones existentes entre ellas, vías de comunicación, puertos, economía, exportaciones, importaciones, presupuestos, posibilidades de desarrollo económico, etc.) y sus aspectos occidentales, cuales son los partidos políticos, sus dirigentes con sus alianzas y rivalidades, las uniones con otros países y, en una palabra, la complejidad de la vida de cada una de estas naciones recién independizadas. Sin embargo, la obra dista mucho de ser una seca enumeración de cifras o de circunstancias. A lo largo de la misma se nota la presencia de Smith Hempstone y de su esposa, con los ojos y los oídos muy abiertos para captar esa realidad africana que, se evidencia, es difícil de aprehender. Así, los pequeños relatos de los tropiezos con la policía o la aduana pintan a lo vivo la situación de una administración en período de rodaje. Por otra parte, con sobrias pinceladas, diseña el cuadro de tal o cual capital, con el brutal contraste del hotel de lujo y la mugre de las chozas que campean a su lado, con la asombrosa supervivencia, coexistencia o superposición de costumbres ancestrales y adelantos del progreso moderno. Aunque Smith Hempstone no formule la pregunta, estos hechos sugieren la dificultad existente para que modos de ser, pensar y vivir logrados partiendo de supuestos occidentales, puedan rápidamente injertarse, sin secarlo, en el tronco africano.

Esa dificultad—que viene a crear un complejo de inferioridad, luego de irritación—explica la airada tendencia al «antioccidentalismo» y el «antiimperialismo» militante de la mayor parte de los dirigentes africanos, cuyas semblanzas y biografías Smith Hempstone inserta oportunamente en su obra.

El apuntado fenómeno también explica la política seguida por gran parte de los Estados independientes frente al mundo occidental, y no sólo frente a sus antiguas metrópolis. Ha sido formulada en los diversos congresos celebrados desde la independencia bajo el rótulo de Congresos panafricanos. Smith Hempstone hace una precisa referencia de los mismos, con buen enfoque de la cuestión, sus antecedentes, sus vinculaciones con Moscú a través de los promotores del Panafricanismo (DuBois y Padmore)

RECENSIONES

y de sus dirigentes más entusiastas (N'Krumah, Keita, Turé y Azikiwe), unidos entre sí y rivales en función de sus ambiciones. Ello no pretende decir que no existan fundamentos comunes para un acuerdo entre los Estados africanos, aunque Smith Hempstone lo estima sólo posible a largo plazo. En la actualidad, los problemas pendientes no pueden ser resueltos por el tan pregonado «socialismo africano», que no es un sistema político-económico estructurado, sino una postura emocional. Tampoco los resolvería la democracia en su versión occidental que «en esta coyuntura... no va a dar resultado en Africa», entre otros motivos porque los africanos quieren «ser reconocidos como hombres y no como demócratas». Dicho en otros términos, las orientaciones de futuro plantearon a Smith Hempstone un interrogante que, pese a su detenida consideración de la cuestión en todos sus aspectos, sólo contesta realmente con el corazón y los buenos deseos: confiando en el futuro de un «continente en marcha».

Esta intrusión del sentimiento en la obra reseñada, no significa que Smith Hempstone no haya visto las cosas como son y las describa y cuente como las ha visto. Ya dijo Ganivet que el amor no es ciego; es la indiferencia la ciega. Pero el amor al Africa subsahariana de Smith Hempstone hace que *no cree en lo que ve*, sino que *creen en lo que ama*. Esta postura confiere a toda «la nueva Africa» un calor de sencilla humanidad que no mengua su interés y más bien lo acrecienta.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

PIERRE BROUÉ y EMILE TÉMIME: *La Révolution et la guerre d'Espagne*. Les Editions de Minuit, París, 1961, 542 págs.

GEORGES ROUX: *La guerre civile d'Espagne*. Fayard. París, 1963 (Les grandes études contemporaines), 316 págs.

La guerra civil española no ha cesado de interesar a los extranjeros. El hecho es que éstos no siempre han comprendido el sentido de la lucha española—incluso cuando la sostenían o tomaban parte en la misma—. La trasnochada broma sobre los viajeros de antaño, que debían llevar consigo lo que querían comer en las posadas españolas, hubiera podido servir para los teóricos extranjeros que se complacieron en reconocer a sus hijos espirituales—«antifascistas» y «fascistas»—entre los combatientes españoles. Pero este estado de espíritu explica que en el mundo desgarrado por las luchas ideológicas de la generación de 1936, la guerra de España haya apasionado a la gente. Aún hoy, después de los gigantescos estragos causados por la guerra mundial y el derrumbamiento de los imperios europeos, es curioso ver que vuelvan sobre el tema, historiadores como el inglés Hugh Thomas y los franceses Pierre Broué y Emile Témime, demasiado jóvenes en la época de la guerra de España para haber sentido sus emociones.

Hugh Thomas es un laborista inglés a macha martillo. Pierre Broué y Emile Témime son intelectuales de la izquierda francesa de tendencia progresista. La coincidencia no ha de sorprender. La teoría según la cual la evolución de las sociedades empuja ineluctablemente a los pueblos hacia la izquierda, halló en España un mentís. ¿Por qué no ha triunfado la revolución española? ¿Por qué «las fuerzas democráticas» han sido vencidas por la «reacción»? Desde la derrota de 1939, este problema no ha cesado de obsesionar a los doctrinarios marxistas. Los actores del drama de la República española han facilitado sus explicaciones—lo que ha dado lugar a ajustes de cuentas personales, poco edificantes, entre los antiguos aliados del Frente Popular. A su vez, la *joven intelligentsia* progresista vuelve sobre el problema. ¿Lo resuelve?

Inquestionablemente, Pierre Broué y Emile Témime han estudiado seriamente la cuestión de que se proponían tratar. Lo muestra su bibliografía, que comprende nueve páginas. Al estudiar esta larga lista de obras, se tiene la impresión de que los dos

historiadores franceses han consultado mucho más obras del bando «rojo» que del nacional, aun cuando éstas no escaseen del todo. Es, pues, una historia «de izquierda» que los autores nos brindan, sin tratar de disimularlo, por supuesto. «El historiador perfectamente objetivo no ha nacido aún y el que cree serlo se miente a sí mismo, como miente a los demás», declaran. «La elección misma del tema revela nuestras tendencias profundas..., hemos tenido nuestras tendencias para tomar partido.» Uno de los autores se proclama amigo de los socialistas moderados, el otro, de los sindicalistas revolucionarios y de los trotskistas. El primero ha escrito la historia de la revolución, el segundo, Emile Témine, la de la guerra, de los acontecimientos diplomáticos e, incidentalmente, de la España nacional-sindicalista. Ello acarrea algunas reiteraciones entre una y otra parte de la obra. Sin embargo, en conjunto, el grueso volumen de 500 páginas se lee con interés y enseña cierto número de cosas sobre las experiencias y los fracasos de la España republicana.

Para los autores, la España de antes de la República era, con sus propiedades de latifundio, su proletariado medio urbano medio rural, su débil clase media, su industria poco desarrollada, su semicolonización por los capitalistas extranjeros, un Estado arcaico en Occidente. El cuadro que los autores trazan de la democracia española, mezcla divertida de tópicos y de pinceladas acertadas, conduce a plantearse la pregunta: ¿cómo una República burguesa hubiera podido ser viable, cuando la burguesía constituía una minoría y que dicha minoría resultaba debilitada por el particularismo de los catalanes y de los vascos? Normalmente, los grandes ideólogos del centro izquierda estaban incapacitados para hacer las grandes reformas que pedía un proletariado donde la influencia del sindicalismo revolucionario era fuerte. Por tanto, habían de verse sumergidos por él o derrocados por las fuerzas tradicionales.

Los autores no ocultan que, a raíz de la victoria electoral del Frente Popular, «la situación era verdaderamente revolucionaria en el campo» y que Largo Caballero «se imponía como el hombre de la revolución que se avecinaba». Pero oponen a las violencias de los socialistas, las de los falangistas y a la preparación de la revolución, la de la contrarrevolución militar. Según ellos, el gobierno tuvo viento de aquélla, pero Azaña quería hacer una política de equilibrio entre los dos movimientos. Meterse con uno de ellos hubiera sido entregarse al otro. Cálculo erróneo. Las pasiones se desataron. El 18 de julio, el levantamiento militar triunfó en una parte de España, tanto que las masas revolucionarias, armadas por el mismo gobierno, se adueñaban de las grandes ciudades y de las regiones industriales. Durante un período, el poder no estuvo ya en manos de los ministros republicanos, sino del pueblo en armas. La revolución empezó.

Pierré Broué enumera las medidas revolucionarias que impusieron los anarquistas por una parte, los socialistas por otra, y, en fin, los comunistas, a medida que su influencia fué creciendo durante el curso de la guerra. El rasgo común—salvo en las Vascongadas—fué el intento de deschristianizar a España. Después, se multiplicaron las experiencias económicas, en forma un tanto incoherente: «incautación» de las empresas por los obreros de Cataluña, «intervención» en otros sitios, colectivización de las tierras en Aragón bajo la amenaza de los anarquistas de Durruti. El autor cita testimonios rápidamente contradictorios respecto a esas experiencias. En conjunto, reconoce que los resultados fueron mediocres. Cita la frase de Cantillán: «Hemos hecho algo, pero no lo hemos hecho bien.» Para Pierre Broué, este intento revolucionario se atacó por una falta de coordinación y porque la guerra impidió que se desarrollara.

La dominación de los consejos revolucionarios poco a poco había de ser frenada, a medida que el Estado republicano se iba reconstituyendo bajo la influencia de los socialistas del gobierno y de los comunistas—señaladamente a partir de las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona y la purga del P. O. U. M. Pero al jerarquizarse, la revolución se condenaba a languidecer.

El restablecimiento de las estructuras estatales se debía en gran parte a la influencia comunista, que se hizo preponderante a partir del momento en que la intervención soviética, por el intermedio de las brigadas internacionales y de los técnicos rusos, salvó a Madrid y permitió al gobierno republicano prolongar su resistencia. Emile Témi-

me acusa a Inglaterra de haber favorecido la victoria del campo nacionalista, al frenar la ayuda que León Blum quería facilitar a la República española y al sostener al impotente organismo del Comité de no intervención. Estudia la intervención italiana, que califica de «impudente», y la alemana, inferior a aquélla en el aspecto cuantitativo. Consagra uno de los capítulos más interesantes del libro a la intervención soviética a través de las brigadas internacionales y de los técnicos comunistas. Pero el impulso de los partidos comunistas europeos no se renovó después de las matanzas de 1937 y Stalin, a partir del momento en que pensó en un pacto con Hitler, mostró menos interés por la España roja. La República «abandonada» por sus aliados y derrotada en los campos de batalla, aun tenía una posibilidad: resistir hasta la guerra europea que apuntaba. Pero el acuerdo de Munich apagó esta esperanza. En muchos, se había apagado la llama revolucionaria. La «coalición antifascista» se dislocó después de la caída de Barcelona. Socialistas y comunistas acabaron por luchar entre sí en Madrid antes de que entraran las tropas nacionales. La dominación de Franco se extendió a toda España.

Es bastante curioso observar que los autores no han tratado de describir el Estado nacional y de hacer una semblanza de su jefe, si no es en la última cuarta parte de su obra. Sin duda, están menos en su terreno que entre los sindicalistas y los revolucionarios (por ejemplo, hacen del señor Sangroniz un general y de Pilar Primo de Rivera «el centro de la oposición de las *Camisas Viejas* contra el gobierno de Franco», en Salamanca). Si el retrato que trazan de Franco es plausible, parecen menos hábiles cuando se trata de juzgar la revolución nacional y sus razones, ya que todo se reduce para ellos al esfuerzo de una casta de privilegiados para restaurar su dominación. Es, sin duda alguna, exagerar la influencia de los «grandes propietarios de la antigua aristocracia». Es también ignorar los motivos complejos por los que millones de campesinos y de representantes de la clase media tomaron parte en el movimiento de 1936.

Tal cual es, la obra no carece de interés y comprende capítulos ciertamente instructivos. Los autores tienen la honradez de reconocer las faltas y los crímenes de los partidos hacia los cuales van sus simpatías. Piensan, por supuesto, que se trata de enjuiciar a sus adversarios o incluso de imaginar los motivos que han podido acuciarlos a actuar. Esta voluntad de comprender, ¿no constituye uno de los deberes del historiador?

* * *

No se puede hacer el mismo reproche a Georges Roux, de quien las Ediciones Fayard han publicado *La guerre civile d'Espagne*. El autor es un abogado francés para quien la historia es pasatiempo y afición. Prepara un poco sus libros como el expediente de un asunto que ha de defender. Consulta las grandes obras sobre el tema, interroga a los testigos dignos de fe, luego hace una síntesis con todos esos elementos y los expone con claridad. Resulta un libro bien hecho, fácil de leer, pero que no aporta grandes novedades a la cuestión. A lo cual puede argüirse que el autor escribe para el gran público y no para los especialistas, que no tienen más que buscar fuentes más directas.

Georges Roux se halla a otro lado de la barrera que Pierre Broué y Emile Témime. Pero no tiene el desparpajo partidista de éstos. Quiere ser objetivo. Este hombre de derechas se esfuerza por comprender a las personas honradas de ambos bandos, lo cual está bien, y por mostrar su neutralidad rindiendo homenaje al adversario, conforme a las reglas de la cortesía en el ejercicio de su profesión. Ello le conduce a proclamar la «objetividad» de Hugh Thomas, que nunca ha celado sus simpatías por los revolucionarios. Ello le conduce también a manifestar cierta indulgencia por los hombres de Estado del Frente Popular español, y a no perder oportunidad alguna para subrayar el heroísmo de los combatientes republicanos después de sus derrotas.

En cambio, el historiador francés es más severo para sus compatriotas, y en particular para León Blum, a quienes acusa de haber puesto en marcha el mecanismo de la

ayuda extranjera a los partidos españoles en guerra. De acuerdo con Hugh Thomas, Georges Roux muestra a un Blum sentimental, que odiaba el fascismo y estaba dispuesto, costara lo que costara, a sostener a los republicanos y a los socialistas españoles. Solicitado por los enviados del gobierno de Madrid, frenado por el presidente Lebrun, por los radicales y, más aún, por el Ministerio inglés—en un momento en que la alianza franco-inglesa parecía indispensable para hacer frente a los dictadores—, Blum, dócil a sus impulsos y siguiendo los consejos de Pierre Cot, abasteció oficialmente primero, luego clandestinamente, el ejército republicano. A lo cual Mussolini, que había empezado por contestar «no» a la primera petición de armas procedente del campo nacionalista, respondió metiéndose en el avispero español donde debía perder material, hombres y, en ciertos momentos, un poco del prestigio fascista. Paralelamente, Hitler—en contra del parecer de sus generales y de sus diplomáticos—decidía enviar los aviones de los que tenían una necesidad urgente los nacionalistas españoles. En fin, Stalin, después de tergiversar durante mucho tiempo y de dejar al Komintern el cuidado de sostener el Frente Popular español, intervenía directamente y enviaba al mismo tiempo que los voluntarios de la III Internacional, jefes políticos—desde Togliatti y de Longo a Marty y a «Kleber»—, jefes militares y técnicos policías. Siendo así, León Blum hubiera sido el aprendiz de brujo que desencadenó la peligrosa rivalidad de las potencias en España. Porque el autor cree que sin ello Mussolini no se hubiera movido, y los nacionalistas españoles se hubieran visto bloqueados en Marruecos, donde se habrían asfixiado. Y de concluir triunfalmente: «Es Blum quien ha salvado a Franco.»

El rasgo es divertido. ¿Tiene solidez? No estamos muy convencidos de ello. Incluso si el Duce sólo intervino para responder a las injerencia francesa, ¿se tiene la seguridad de que hubiera dejado que el Frente Popular triunfara en España? Año antes, ¿no había tomado ciertos contactos con grupos monárquicos españoles? Por otra parte, sin la iniciativa de León Blum y de Pierre Cot, ¿no hubiera enviado Hitler aviones a los nacionales? Nada permite dudarlo; lo cual no resta un ápice a las responsabilidades de Blum y de Pierre Cot.

En realidad, en la Europa de 1936, en que las rivalidades ideológicas, que tenían la virulencia de las querellas religiosas de antaño, se imbricaban curiosamente con los cálculos imperialistas, un conflicto como el de España estaba destinado a provocar infinitas complicaciones.

En cuanto al relato de la guerra, está llevado con mucha agilidad. Se puede estar o no de acuerdo con el autor sobre tal o cual punto, pensar, por ejemplo, que no concede a la conquista del Norte industrial toda la importancia que tuvo para la continuación del conflicto, poner en entredicho el antigermanismo que presta a los nacionalistas españoles contra los alemanes de la Legión Cóndor, preguntarse si verdaderamente «el centro de las ciudades españolas» está constituido por «plazas sangrientas» y si la ferocidad de la guerra de España no ha sido ampliamente igualada (y a veces rebasada) por las matanzas científicas de los no combatientes de la guerra mundial. Pero estas reservas no impiden que la síntesis de Georges Roux sea estimable y ciertamente útil, porque sus lectores aprenderán a través de la misma muchas cosas esenciales sobre la cruzada española y sobre la crisis europea que desencadenó.

CLAUDE MARTIN.

O. C. STOETZER: *Panamerika. Idee und Wirklichkeit. Die Organisation der Amerikanischen Staaten.* Hamburg, 1964, Übersee-Verlag, 176 págs.

RODNEY ARISMENDI: *Allianz gegen den Fortschritt. Die Konzeption der USA gegenüber Lateinamerika.* Berlin-Este, 1963, Dietz Verlag, 112 págs.

Iberoamérica como un conjunto de Estados de habla española, portuguesa, en parte también francesa e inglesa, constituye, en las relaciones internacionales, un problema *sui generis*, aunque el mundo comunista intenta, por todos los medios de propaganda y de publicaciones hasta «científicas», degradarla al nivel de pueblos afroasiáticos. Sin embargo, hay que tener en cuenta—y hay que reconocerlo—que este subcontinente es un producto de la vitalidad europea desde el punto de vista tanto positivo como negativo. Fueron produciéndose leyendas y antileyendas, pero lo cierto es que en ambos casos se exageraba. No quería verse la realidad, sino presentar, única y exclusivamente, hechos que no podían darse sino en la fantasía, haciendo de los mismos la base «indiscutible» de la verdad «histórica». Y los propios pueblos iberoamericanos se encontraron, repentinamente, ante una serie de corrientes que no tenían otro objetivo que el de sembrar confusiones. El liberalismo, el nacionalismo, el masonismo, el humanismo y otras corrientes intelectuales han hecho que el subcontinente en cuestión no se encontrara a sí mismo ni siquiera ciento cincuenta años después de su independencia. A pesar de ello, existen desde hace más de un siglo ideas de solidaridad «panamericana». Sin duda alguna, los méritos por la europeización del continente americano (Norte y Sur) corresponden a todos los pueblos europeos, lo cual quiere decir que Europa como tal no puede escapar a la responsabilidad que implique europeización en el campo de creación negativas, de las cuales se desprende su actual problemática de carácter *sui generis*.

Ahora bien, la cuestión fundamental no es que Iberoamérica constituya, hoy día, un problema *sui generis* en la política mundial en general, y en la política exterior de algunas potencias bien definidas en particular, sino que es un problema de por sí. Ello ya es un punto considerablemente más grave, ya que no se puede tratar tan sólo de cuestiones de índole económica y social, sino ante todo de índole civilizatoria. La educación de los ricos y de los pobres ha de inspirarse en los principios de absoluta igualdad, ya que si no ocurre eso, irán acentuándose los conflictos pendientes y el único campo que se aprovecharía de tal estado de cosas sería precisamente el campo que menos interés tiene en elevar el nivel cultural, moral, económico, social o político de los países iberoamericanos. Ahora, quizá, comprenderemos el por qué el subcontinente iberoamericano forma parte de los objetivos principales de la política exterior estadounidense, por un lado, y soviética, por otro. Norteamérica tendría interés por el subcontinente más bien por razones de la defensa de su propia existencia política, y la Unión Soviética, en cambio, por razones de la Revolución mundial, cuyo fin, como se sabe, estriba en el establecimiento del (o de un) régimen comunista en todos los países del mundo bajo el mando del Kremlin. Sólo que los Estados Unidos obran, a pesar de todos los fallos, con una cierta buena fe, mientras que los soviets, además de agudizar los fallos del Pentágono, actúan con mala fe, hasta tal punto que propagan, abiertamente, la creación de regímenes comunistas en los países iberoamericanos.

Las presentes publicaciones proceden, respectivamente, de dos mundos diametralmente opuestos entre sí: El primer libro es obra del Instituto de Estudios Iberoamericanos, con sede en Hamburgo, Alemania Occidental. Según se indica, es el número 2 de los escritos del mismo sobre diferentes problemas del subcontinente iberoamericano. Anotemos, que el número anterior, publicado como número 1 de esta serie de escritos, versaba sobre las relaciones entre Europa y América Latina. Esta vez, la atención se presta a la naturaleza y a las tareas de la Organización de Estados Americanos, «O. A. S.». Su finalidad consiste en familiarizar al público alemán con la función que

en las relaciones interamericanas queda puesta de relieve con la creación y existencia de este organismo.

Alemania, victoriosa o derrotada, siempre despierta en los pueblos extraeuropeos sentimientos de admiración. Lo interesante es que, desde el punto de vista de la actualidad, los mismos alemanes se van dando cuenta de este hecho sabiendo (ya) bien que no se trata de alemanes del Reich hitleriano. Excepto las experiencias para con regímenes políticos, constan ciertos hechos históricos y presentes a favor de los alemanes: cultura, ciencia, orden económico y social, sentido de responsabilidad y disciplina... Estos serán, probablemente, los motivos del actual interés por parte de los alemanes libres en contribuir al desarrollo del mundo necesitado. Por nuestras propias experiencias sabemos que aparte de Africa o Asia, este interés gira en torno, en primer lugar, a Iberoamérica. Simplemente, porque ahí las condiciones de «desarrollo» son más europeas que en cualquier otra parte del mundo económica y culturalmente débil. Los «impuestos han de pagarse en una u otra forma...», y lo consideramos completamente lógico. En esta relación es conveniente que los alemanes vayan adquiriendo conocimientos sólidos sobre los países a que pretender ayudar.

Stoetzer hace, con su libro, gran servicio a la causa iberoamericana. Hay que empezar desde las corrientes y circunstancias dadas, desde la famosa doctrina de Monroe, de 1823, hasta la actualidad. A este respecto dedica una detenida exposición en la primera parte: fundamentos y antecedentes de la O. E. A., así como los instrumentos jurídicos, económicos, políticos y sociales de la misma. En la segunda parte se publican documentos como: la Carta de la O. E. A., el Convenio de Río, el Pacto de Bogotá, el Estatuto y Reglamento del Consejo Interamericano Económico y Social, y la Carta de Punta del Este (Alianza para el Progreso).

El segundo libro, cuyo autor figura como primer secretario del Comité Central del Partido comunista de Uruguay, procede de Berlín-Este, Alemania Oriental. Es como una continuación del libro de Stoetzer, sólo que en el sentido exactamente contrario. La «Alianza para el Progreso» se convierte en la terminología comunista en la «Alianza contra el Progreso». Entiéndase, la expresión «progreso» en la dialéctica marxista es algo distinto de lo que quiere decir su sentido etimológico: es la *Revolución*, destrucción total y completa del orden existente y «construcción» de «nuevas condiciones de vida», que en realidad significarían un paso atrás.

El título original del trabajo es «El Plan Kennedy y el Desarrollo de América Latina», publicado en el libro *Problemas de una revolución continental*, Montevideo, 1962. Desde el punto de vista del materialismo dialéctico, la crítica emprendida contra la «Alianza para el Progreso» es de carácter eminentemente económico. Como siempre y como por todas partes. Se elige el punto más débil y sobre éste se construye un edificio de «soluciones» que culminan, necesariamente, en el establecimiento de un régimen comunista. De todos modos, Iberoamérica es considerada como una entidad cerrada, económica y políticamente, lo cual quiere decir, que en caso de establecimiento del comunismo en aquel subcontinente desaparecerían los países existentes fusionándose, por orden moscovita, en un solo Estado... y la dictadura sería completa. La *Revolución marxista* es concebida, según se esperaba, como la *revolución nacional y democrática*, puesta de manifiesto en una forma concreta, en la de Cuba, los medios propagandísticos siguen siendo el arma más eficaz de la expansión comunista, especialmente frente a las masas atrasadas. Es donde más se dan contradicciones. Si no existieran, el comunismo las provocaría para no dejar a nadie en paz. Más que nadie es el comunismo quien conoce las debilidades humanas y sabe aprovecharse de ellas hasta el «máximo rendimiento». También aquí vale el *slogan*: a cada uno según sus «capacidades» para poder dársele, en el «paraíso» comunista, según sus «necesidades».

Se da por segura la «victoria del socialismo» en el mundo. Influye mucho este factor propagandístico en la mentalidad de las masas populares, invitándolas antes de empezar la batalla, a la *rendición incondicional*. Se trata de un terror psicológico ante el cual el hombre de la calle sucumbe con increíble facilidad. Basta que se le prometa..., y es capaz de olvidarse de sí mismo. En 1945 los norteamericanos insistían en la «rendición incondicional» de Alemania. Ahora, y ello parece paradójico, sin embargo,

RECENSIONES

resulta lógico, los ruso-soviéticos exigen a los norteamericanos la «rendición incondicional» en los países iberoamericanos. Por ello, la «Alianza para el Progreso» es para los comunistas la «Alianza contra el Progreso»...

La «Revolución antimperialista y agraria, bajo el mando de la clase obrera y en alianza con los campesinos, la burguesía y otros círculos 'patrióticos' ha de ser llevada a cabo radicalmente...». Sin piedad, para que, luego, el Estado socialista y comunista se les quite todo a todos..., en virtud del «imperativo» histórico, tal como ocurrió en la Cuba de *Castro*. Pero no sólo del pasado se puede vivir, según pretenden los norteamericanos. Por ello, los pueblos europeos disponen de grandes posibilidades para revalorizar su misión histórica frente a sí mismos y frente a los pueblos que, en el sentido más estricto de la palabra, esperan su ayuda. Hay que tomar nota de las realidades...

S. GLEJDURA.